

Reseñas

Complutense, especializado en Fenomenología y Filosofía de las Religiones, se plantea este reto en su *Manual de Historia de las Religiones*, el cual, a lo largo de 630 páginas revisa las principales religiones y tradiciones religiosas en su trayectoria histórica, su sistema de creencias y su significado actual.

La estructura del libro es interesante, comenzando con un primer capítulo introductorio que se acerca a las diferentes formas de entender el hecho religioso y al actual enfoque fenomenológico, “La Religión que hay en las Religiones”(13-40) y termina abordando, desde una perspectiva más marcadamente crítica, las “Religiones Pos-Modernas”.

El segundo de los capítulos está dedicado a la “Religión del Oriente Antiguo (Mesopotamia-Egipto)” (41-87); a continuación dedica un extenso capítulo al “Hinduismo” (89-161); el cuarto capítulo al “Budismo” (165-225); el quinto al “Sintoísmo, Confucianismo, Taoísmo, Jainismo” (229-287); “Zoroastrismo y Maniqueísmo” (323-382), en el sexto capítulo. Posteriormente le toca el turno al “Judaísmo” (385-441) en el octavo de los capítulos, al “Cristianismo” (445-561) en el noveno y al “Islamismo” (519-576) en el décimo.

El esquema general es el de mostrar primero una breve introducción a la historia de cada una de las religiones, para después describir las características y esquemas de pensamiento de sus credos. Tal vez en el cristianismo es donde existe un más exhaustivo examen de su modelo de pensamiento.

En este sentido se echan en falta, además del análisis de muchas creencias religiosas (del continente africano, americano y propiamente europeo de la antigüedad), una mayor atención a las propias evoluciones históricas de los credos analizados. Esto se hace, como ya comentamos, más patente en el capítulo del cristianismo, donde una atención prioritaria al contenido doctrinal y de pensamiento del cristianismo, en sentido general, relega un análisis y mención de las principales pautas históricas y con ello divisiones y distintas manifestaciones de la religión cristiana.

El capítulo último del libro, el de las religiones *Pos-modernas* resulta muy interesante, primero por el propio ejercicio de acercamiento del autor a toda este serie de fenómenos religiosos impregnados por el secularismo y el individualismo; por otro lado, por el posicionamiento reticente del autor a todo tipo de sincretismo contemporáneo.

La obra de Carlos Díaz, toda ella marcada con un estilo y manera muy personales, a pesar de no pretender *exhaustividad* en sus capítulos, es sin duda una obra que puede resultar de gran utilidad para aquellos interesados en acercarse al conocimiento del estudio de las religiones.

Francisco Peña Fernández

DÍEZ DE VELASCO, FRANCISCO, *Hombres, ritos, dioses. Introducción a la historia de las religiones*, Madrid, Trotta, 1998², 568 pp.

Un libro de Historia de las Religiones que en España lanza su segunda edición justifica

Reseñas

su valor por sí mismo. Además, fue felizmente saludado y elogiado por la crítica especializada (por ejemplo *Bol. SECR.* 5, 1996, pp. 36-38, y *El País* 10-02-1996 *Babelia* p. 15) así que no seré yo quien desentone en esta sinfonía de parabienes. Me limitaré a hacer algunas consideraciones generales y unas sugerencias surgidas al hilo de mi lectura (la cual, he de decir, ha sido completa, aunque más atenta en unos capítulos que en otros por humana razón de *sympatheia*), y a dar una valoración general.

Nadie puede negar la existencia de formas religiosas, o la religiosidad, si me apuran, de individuos o de las sociedades preagrícolas o preliterarias (aquí estudiadas en el bloque 2 y buena parte del I), pero de ahí a que tengan una *religión* hay un paso cualitativamente insalvable, si es que utilizamos propiamente el término *religión* como un «Conjunto de creencias o dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y de temor hacia ella, de normas morales para la conducta individual y social y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio para darle culto», que es como la define el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*. Si damos por buena esta premisa, todo lo cronológicamente anterior a la religión mesopotámica, son, siguiendo a Durkheim y otros, «formas elementales de la vida religiosa», pero no religiones. A través de los escasos documentos gráficos es difícil deslindar la magia (agente en el trabajo cotidiano, por ejemplo la caza) de lo religioso, como es difícil saber en estas sociedades primitivas cuánto había, por ejemplo en los enterramientos, de rutina profiláctica y cuánto de rito comunal y cuánto de ceremonial religioso. Estoy, pues, más de acuerdo con la afirmación de Jean Bottéro en un libro suyo reciente, cuando afirma que la religión mesopotámica es la primera y más antigua, pues sólo de ella tenemos un conocimiento suficientemente explícito, por la cantidad de sus monumentos desenterrados, y de restos —lugares, imágenes y objetos de culto—, y sobre todo por una colección verdaderamente prodigiosa de cientos o miles de documentos indígenas originales, inteligibles y a menudo detallados, de forma que lo hacen el sistema religioso más antiguo (*La plus vieille religion: en Mesopotamie*, Paris, Gallimard, 1998, p. 9. Sobre este tema, en general, ver ahora: Thomas A. Idinopulos and Brian C. Wilson, *What is Religion? Origins, Definitions and Explanations*, Boston, Brill, 1998). En muchos casos, por su antigüedad, su consistente sistema teológico y religioso y su perdurabilidad, la religión egipcia es paralela a la mesopotámica, o incluso más compleja. Ambas, en mi opinión son el punto de partida del estudio las religiones históricas (aquí, pp. 137-152), que para otros investigadores, como el autor del libro que comento, debe ser cuestión distinta de una *historia de las religiones*. Posiblemente ambos criterios sean igualmente discutibles.

Toda la obra transpira el gusto por el comparativismo fenomenológico del *hecho religioso*, que salta discrecionalmente los márgenes culturales e históricos (tiempo/espacio) para explicarse mutuamente: por ejemplo, la comparación del *combate triple* de Indra, en la India, y el de Tulo Hostilio, en Roma (p. 283), y su conexión en el substrato indoeuropeo que se pierde en la noche de los mapas y de los tiempos. El autor defiende y utiliza, pues, el método comparativo como armazón principal del estudio de las religiones, afirmando que «la comparación entre formas

Reseñas

religiosas desarrolladas por sociedades diferentes no es sólo una posibilidad teórica, sino que es una de las piezas claves en el método histórico-religioso, que, tras haber sido depurado de los excesos en su aplicación en el siglo XIX, se muestra como uno de los fundamentos básicos del carácter autónomo de la disciplina, al ser el medio gracias al cual se superan las delimitaciones interculturales» (p. 32). En coherencia con estas ideas, se trasluce la preferencia del autor por la teoría general de la trifuncionalidad dumeziliana (especialmente pp. 211-213, aunque presente y dispersamente en toda la obra), incluso minimizando, a mi juicio, la oposición —que yo diría feroz *metodológicamente e ideológicamente*— a las tesis de Dumézil. Recuerdo, por ejemplo, las ácidas críticas de Arnaldo Momigliano a propósito del antisemitismo (por no decir racismo o palabras más gruesas) de Georges Dumézil. Al día de hoy muchas de las tesis, y, en mi opinión la espina dorsal de su obra, basada en un comparativismo *funcional* extremo, sin contingencias en el tiempo y en el espacio, son inadmisibles para un historiador, no sé para un antropólogo o fenomenólogo del hecho religioso como una parte de la cultura humana. Tras la lectura de este libro me pongo como deber el averiguar dónde están haciendo historia de las religiones los epígonos de Dumézil.

Puesto que este libro, por fortuna para todos, tendrá una tercera y sucesivas ediciones, me permito hacer una sugerencia, que puede o no ser atendida, a discreción del autor. El pie de la figura 80 (p. 245), dice: «Diademas áureas de Mones (Asturias)... Escena mitológica» (el plural se repite en p. 244). Debe corregirse, a mi juicio, en futuras ediciones, pues no son varias diademas sino una sola, de la que se conservan varios fragmentos. Esta diadema de oro —admitamos que es una diadema; se conocen 8 ejemplares de similares características hasta la fecha en el noroeste hispano— conocida como de San Martín de Oscos, o mejor de Ribadeo, está repartida en la actualidad en varios museos: 3 fragmentos en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, otros tres en el Louvre (depositados en 1983 por el Musée des Antiquités Nationales en Saint-Germain-en-Laye), y un fragmento en el Instituto Valencia de Don Juan en Madrid. Por lo demás, no es escena mitológica (no narra un mito), sino que escenifica un rito, posiblemente relacionado con los ríos.

Una valoración. La obra es un manual de historia de los sistemas religiosos, a través de cuyas evidencias, más o menos numerosas y de distintas calidades, nos indican que estamos ante manifestaciones humanas que desbordan lo humano para trascenderlo, a través del rito, privado o público. Sólo en el último caso, y siempre que tengamos evidencia *cierta* de un *sistema* de creencias y una organización capaz de realizarlo, hablamos propiamente de religiones en la pre- o protohistoria humana, y de religiones históricas cuando nos han llegado por escrito sus plegarias y nos han sido explicadas las cualidades de sus dioses, y las ceremonias que los acercan a ellos, para entenderlos y hacerse comprender, complementando a las fortunas que nos ha transmitido su arte *religioso*. Esto, que es lo que yo entiendo por marco teórico en el que han de moverse los estudios de historia religiosa —cualquiera que sea la religión— está muy bien logrado en el libro de Díez de Velasco, con las precisiones teóricas, discutibles, subjetivas, expuestas antes acerca de las manifestaciones religiosas en las culturas prehistóricas y preagrícolas, y acerca del comparativismo,

Reseñas

quizás prescindible en muchos casos. La obra, por lo demás, rezuma objetividad. Así corresponde a un manual, donde la preocupación mayor, lograda con éxito por el autor, debe ser, ha sido, exponer los *status quaestionum* de cada religión o de cada fenómeno religioso o sociorreligioso. Mérito grande, enorme, es haber sintetizado un saber enciclopédico en forma de libro manual con la estructura de un atlas cultural-religioso en el que la historia es, en muchos casos, solo un elemento ordenador del discurso, pero no un criterio de prioridad de una religión sobre otra. Lo remoto, lo histórico y el presente vivo se dan la mano en el estudio de muchos capítulos, como el dedicado a las religiones de las sociedades tradicionales universalistas, de las que, como injertos, surgen las religiones contemporáneas nuestras, y las sectas y los sectarismos, que tanto nos asustan, casi siempre surgidos de la ignorancia y tergiversación de las grandes religiones monoteístas.

Los compartimientos estancos que es el estudio de cada religión están engarzados por el hilo de las sociedades que las han creado y donde se han desarrollado, de modo que el libro es, en cierto modo, un estudio social total, en toda la historia y en todo el planeta, a través de las distintas formas de vivir la espiritualidad y la religión.

Libro plenamente recomendable, pues, del que no cabe otra cosa que aprender muchas cosas con deleite, si pensamos, como me ha sucedido a mí mismo, que adentrarse en el conocimiento de otras religiones es una aventura para el espíritu, que encuentra aquí anchos horizontes de ciencia y de tolerancia.

La práctica ausencia de adjetivos calificativos, de los que el autor ha sabido prescindir hábil y supongo que conscientemente, imprime al discurso un sello de objetividad narrativa que es preciso destacar, y marca una distancia entre autor y cada tema/religión tratada, de modo que, repartidos casi equitativamente, y con igual el estudio de cada religión o creencia hace más creíble y válido el resultado final como lo que es: un intento honesto e inteligente de presentar al hombre moderno una síntesis de la historia de su propia espiritualidad (autoconocimiento), de/en su propia historia, y que ayuda a comprender la de sus hermanos, dondequiera que éstos estén y cualquiera que sea su dios o sus dioses.

Sabino Perea Yébenes

BOSWELL, JOHN, *Las Bodas de la semejanza*, Barcelona, Muchnik editores, 1996, 641pp.

- El més gran deis disbarats / amollar-te al matrimoni.
- En donem pla testimoni. / Però l'ordre social / es recolza en aquest mal...
Salvador Espriu

La tesis de este libro singular es clara y simple; en realidad, puede resumirse en pocas frases. El A(autor) afirma con gran vehemencia que ha descubierto, en una serie de manuscritos bizantinos (y también en algunos latinos y eslavos), testimonios